

Marcel Granier

ENTRE LA EMPRESA Y EL ESTADO

Eduardo J. Ortiz

Me había propuesto no leer la obra de Marcel Granier. Olía a mercancia sacada afuera con forceps por una propaganda millonaria y, a pesar de su impresión cuidada y elegante, supuraba megalomanía desde esa portada donde el título sirve de pedestal a un nombre impreso en ambiciosos caracteres dorados.

Pero me llegó envuelto en papel regalo y perfumado de cariño. Y es así como, a tropezones y sin salir de mi asombro, he llegado a la última página.

Asombro porque, a pesar de mi profesión de "comelibros", no logro remontarme lo suficiente en la memoria para recordar otro libro tan malo.

Se ensartan en él una serie de consideraciones deslabazadas, digresiones pedestres, parches eruditos de enciclopedia escolar y opiniones peregrinas. Hasta fallan los nexos. Unidades enteras quedan enquistadas sin que se sepa del todo a qué vienen ni se las logre enhebrar en el conjunto.

Los capítulos están cortados en rodajas. Dentro del interminable y adormecedor monólogo donde se repiten las mismas vaciedades hasta la saciedad alguien decidió que cada quince páginas había que dar un tajo, escribir un número y poner un título. Y así se hizo aunque luego el contenido siguiera divagando perdido en lugares comunes, jaculatorias a Bolívar (con qué falacia lo cita en su capítulo sobre EE.UU.), venias a la Constitución, alarmas apocalípticas, proclamas de boy-scout y quejumbres de niño malcriado.

Estrujando la cabeza al final de tarea tan agotadora el lector logra sacar en conclusión dos ideas: que el Estado funciona mal y que es necesario buscar una alternativa.

Le acompañamos cuando acusa al Estado venezolano de corrupción, clientelismo, incoherencia, ineficacia, gigantismo y despilfarro.

Pero la preocupación de Granier es que además sea omnipotente, es decir, que haya invadido áreas normalmente reservadas al ciudadano común (léase empresa privada). Aquí el autor no se toma la más mínima molestia por desentrañar cuáles son las causas históricas de esta situación. Se conforma con insultar a Gómez como lo haría una telenovela del Canal 2, y con citar cómo gran teóri-

co cuya relectura periódica recomienda a J.J. Rousseau. Es así como puede concluir tan campante que todo se explica por la pasividad, desidia y exceso de confianza de los ciudadanos. Dentro del más craso individualismo, que volverá a aparecer a lo largo de todo el libro, las estructuras se deciden desde la conciencia de la persona.

El malestar de Granier estriba, en definitiva, en que el Estado (a quien se compara con Mefistófeles) no deja al empresario, sobre todo al "comunicador", hacer lo que le da la gana. Esto se explica porque la mayoría de nuestros dirigentes se ha nutrido de textos marxistas, absolutismo español y dogmatismo eclesástico.

Ahí, en el empresariado, está su único interlocutor. En un nivel inferior aparece la clase media como comparsa de sus lloriqueos. Pero hay una insensibilidad absoluta por el pueblo pobre comparado una y otra vez con "las masas" de Ortega y acusado con insistencia de flojo, vividor, resentido y violento.

Por lo demás varias de las críticas al Estado son injustas por unilaterales. La forma en que se le acusa de ser una agencia de colocaciones que no tiene en cuenta la productividad, olvida la responsabilidad que tiene la clase dirigente, de la que se declara portavoz, en la existencia de esos miles de venezolanos obligados a malvivir de las migajas que el Estado (a pesar de servir a los intereses de esos hijos privilegiados y malagradecidos que aún se quejan de que no les den más torta) se ve obligado a repartir para mantener el voto y acallar el descontento.

El desprecio con que se fustiga la rentabilidad negativa de las empresas públicas pasa por alto que el Estado tiene que cargar con las áreas de producción más deprimidas para dejar la pechuguita a la empresa privada; olvida también que muchas de esas empresas públicas están ofreciendo a las privadas insumos por debajo del costo y convirtiendo así sus propias pérdidas en ganancias de sus protegidas; soslaya en fin el pequeño detalle de que PDVSA, de la que él y todos los demás comemos, es una empresa del Estado.

Respecto a las alternativas uno tiene que trasladarse a principios del siglo XIX para entroncar con las propuestas más descarnadas del liberalismo clásico.

La libertad de mercado lograría la armonía universal. El ejército de cruzados que nos van a sacar del cautiverio tiene ya su fórmula para la juramentación de caballeros: "Somos casi medio millón de empresarios. Tenemos un credo común basado sobre la libertad y la justicia". Ellos son los inocentes que nada tienen que ver con la actual crisis (hasta de la fuga de dólares se les exculpa para achársela al Estado).

Que hace doscientos años se pensara así es excusable. Al fin y al cabo lo que entonces se proponía era, a grandes rasgos, un paso adelante respecto al modo de producción anteriormente existente. Pero que se sigan manteniendo estas propuestas ya casi acabado el siglo XX es un insulto.

Especial mención merecen las alusiones al mundo de las comunicaciones. Decepciona la trivialidad de sus consideraciones y propuestas. Y enoja la cínica desfachatez con que sostiene que la libertad absoluta en este campo es la base más segura de la democracia. Como si los medios que él gerencia no fueran a todas luces filtros donde se ahoga cualquier reclamo que no cuente con la venia de sus propietarios, y altavoz de consignas y hasta resquemores de sus directivos. Más desconcertado queda el lector (eso ya es más que mamadera de gallo) cuando se presenta a la TV como paladín de cultura nacional. Hace falta no haber encendido nunca ese gran frigorífico de enlatados extranjeros que es RCTV.

El postrer o primer fraude está en el título. La generación de relevo sólo merece su atención en cuatro párrafos del último capítulo. Los valores que se le atribuyen son una letanía de capacidades y deseos en ninguna parte sustentados. No hay duda de que ésta generación existe. Pero ni él la conoce ni mucho menos la representa.

En fin ¿para qué seguir? Si el libro pretende ser un lanzamiento velado de su candidatura para el 88, Granier se habría hecho un gran favor no escribiéndolo. Así algunos habrían podido confundir el silencio con la sensatez. Su última esperanza es que la opinión pública, en vez de leerlo, se deje manipular por la tramoya publicitaria que él mismo se ha montado.